

Eduardo Quintana B.

## HERALDOS SOMBRIOS\*

La *modernidad* ha ido arribando a nuestras costas como mares de leva. Como sentido de la *libertad*...Como *fe* en el progreso...Como *desarrollo* autóctono...Como *economía de mercado*...Este proceso aluvional supuso a cada paso una tensión entre los privilegios adquiridos y las fuerzas que pugnaban por abrirse espacio. Cada nuevo momento contiene un cierto *compromiso*. Encabalgamiento, sincretismo. Cada figura, al mismo tiempo, anuda su *positividad* a su *contraria*: *modernidad* y *contramodernidad* avanzan la una al lado de la otra: mutuamente exteriores, se aproximan, rivalizan, se entorpecen. Este continuo desplazamiento no admite *relevo*. Cada bando anuncia su pírrica victoria una mañana cualquiera.

Un tal decurso ha sido posible a partir de una quebradura previa. La modernidad se produce en Venezuela como *modernización* de ámbitos parciales que coexisten con otros, por así decirlo, *tradicionales*. Esto plantea una enorme dificultad, pues admite la copresencia de lógicas y sentidos diversos (y aun contradictorios) en el seno de una misma formación social. Empero, el discurso modernizante apenas si ha sido puesto en cuestión. Desde hace mucho tiempo el país se ha comprendido a sí mismo *como moderno*; y aun como uno de los más modernos (si no el primero) de entre los países en *vías de desarrollo*. Esta autoconciencia entra en crisis un cierto febrero.

1.- La analítica histórica deberá dar cuenta minuciosa de esas capas sedimentarias acriticamente superpuestas. La recepción *eventual* de pensamientos y corrientes, particularmente como efecto del gomezato, no pudo pasar entre nosotros por el tamiz de una cultura espiritual asentada. La *novedad y/o fuerza* de una teoría o tecnología cualquiera constituía carta de presentación suficiente. **Ilustración y modernidad**, fueron

---

\*.- "Venezuela y El Problema de la Modernidad".  
(V. Jornadas de Investigación en Filosofía. Foro, 12/3/1990  
Escuela de Filosofía, U.C.V., Caracas.

reiteradamente y sin más moneda intercambiable: y a la *finitud* de la primera vino a agregarse (nudo de contrariedades), la *infinitud* alcanzada por la segunda: *León Bloom y Fausto* uniendo sus estirpes. Una y una sola vertiente, sin embargo, avanzó con paso seguro: el **positivismo**. Desde su temprana recepción (siglo XIX) hasta el presente ha tenido a las universidades por foros, la prensa por libros de consulta; las imágenes de la televisión, las voces de los radios. Y también la aquiescencia de los poderosos junto a la admirada resignación de los *simples*. Temerosas de la *revolución*, recelosas de la Razón y de la modernidad artísticamente manifestada, los dueños de los privilegios presintieron la fundamental *utilidad* del positivismo: su inmensa capacidad para pervertir lo *racional* cortándolo al talle de la *realidad* de los *data*. Su infinita piedad hacia las *cosas* (¡que han de ser como son!) y su desvalorizada *razón -psique metódica (ratio)-* hicieron del positivismo -difundido como ideología de la ciencia-, el *arma moderna del poder establecido*. Tanto más cuanto que el *enemigo* admitía los supuestos básicos de la confrontación.

De allí la pertinencia (o la urgencia) de distinguir entre tales términos supuestos como sinónimos. **Ilustración y positivismo**, desde luego, pertenecen a la **modernidad** -y es posible mostrar como se siguen de esta. Pero, la **modernidad** no se agota en ellos: no se reduce a ellos, y no tenemos razones para considerar que puedan constituir el *resultado* (final) de su proceso. Por el contrario, **ilustración y positivismo** constituyen, cada uno a su manera, prolongaciones de aquello que desde la modernidad, desde **Descartes**, ha sido *claro y distinto* no menos que *oscuro y confuso*.

2.- *Ilustración* es un término problemático. Desde la antigüedad clásica asistimos, recurrencias a *momentos* ilustrados: *hay ilustraciones*. En sus éteres cierta *razón* sigue a la *duda*: tras la aguda conciencia de *certezas* que no han resistido el paso del tiempo el pensamiento se sobrevive mediante la demarcación de sus *límites*. Mas, acorazado tras los muros que le sirven de fronteras, diseña una arquitectura feroz. La fundación del territorio es un *acto de fuerza*: inclusión y exclusión: lo incluido queda sometido a la férrea *lógica* del *fundar*, lo excluido recibe el estatuto *retórico* de *fantasma-locura*. Lo que se *repite*, es esta *finitud* radical: *la ilustración, según su concepto, ha de exorcisar el "universo simbólico" de que procede y establecerse según precisa notación*. Tal

régimen de exclusiones asegura la *visibilidad* de lo cercado, prescribe el estatuto del discurso *significativo*, y *funcionaliza* las conductas. La ilustración será en cada caso un saber cuya *diferencia* deriva mucho más de lo que proscribiera que de lo que carcela. Como gramática de "lo" significado, es *semantismo puro: re-presentación unívoca*. Cada cosa, pretende, tiene un significado. Pero, tal formulación se revela pronto equívoca: si la *cosa* aparece como garantía de la significatividad del signo, si éste parece *re-presentar* la cosa, es sólo porque, previamente, ésta ha sido reducida a *objeto*. En tanto objeto, es entonces el signo el que tiene prioridad. En otros términos: el objeto en cuanto objeto sólo tiene *objetividad* en su ser puesto por el signo.

Sin embargo, como ilustración, no puede sustraerse a la cara que se le vela: la simple materialidad de la representación siempre es *dada*. La *cosa en sí* está siempre fuera del conocimiento. Esta última formulación, el kantismo, se encuentra más cerca del empirismo lockeano de lo que comúnmente se supone: el alma como *white paper* exige también un *más allá* de la percepción. Y el *psicologismo* empirista asociado al *criticismo* trascendental, producirá el positivismo.

Acaso la fortuna histórica del positivismo en nuestras *salvajes* regiones se deba a su artera proximidad al realismo ingenuo. El enigma del afuera, *el afuera como enigma*, el carácter mágico-mítico de la exterioridad en su estancia, admite rápidamente un *conocimiento* que, en su superficie, se comporta *como si* reconociera el ser cosa de las cosas. La batalla que se produce -civilización y barbarie- encuentra no obstante tregua en la convivencia perversa entre lo sancionado y lo proscrito: aquél, del lado del *saber*; éste, huésped de la *magia*. El *realismo mágico*, mero asunto de *literatura*; la *ciencia*, cuestión absoluta de doctos. Mas, en su mutua indiferencia, de algún modo solidarias. *Libre cambio* de lo uno por lo otro...

El *populismo*, en buena medida, ha sido aquel matrimonio morganático -o, como antes se decía, matrimonio *de la mano izquierda*. Tal un modo de decir que nuestro tipo de modernización (ilustrado-positivista) fue siempre una circunstancial concesión principesca a la *irracionalidad* del mundo de vida circundante. Y así, cogida en el sesgo de su enmascaramiento, esta cultura no imaginó su inevitable callejón sin

revisaron los programas y fueron incluidos algunos hasta alcanzar el 0,95% (ni siquiera el uno por ciento) del total de la enseñanza de los tres grados (1o, 2o y 3o). En 1.981 con la creación de la Unidad Curricular Folklore, el porcentaje asciende a 5,21% y en 1.985 con su eliminación, desciende a 3,88%. Para entender la gravedad de tal agresión contra el ser nacional, comparémoslo con el 60% de contenido de cultura popular presente en las Escuelas japonesas, es decir, una de las principales potencias económicas capitalistas destina la mayor parte de sus contenidos educativos a valorizar y reforzar los elementos de su cultura tradicional, qué dirán de estos los neoliberales de reciente cuño para quienes los elementos culturales populares son una antigualla entorpecedora del despegue hacia el desarrollo.

El que en la educación que se imparte en los primeros años de la formación de la personalidad, los contenidos vinculados al conocimiento y a la valoración de las culturas tradicionales ocupen tan escasa atención en Venezuela, es evidencia irrefutable del papel del campo cultural académico en la difusión y la divulgación de una imagen empobrecedora del quehacer cultural de las mayorías, enfoque diametralmente opuesto al que debería dar una auténtica democracia cultural. A lo anterior puede añadirse con otra muestra del sentido de la relación educación oficial-culturas populares, la eliminación de las materias *Proceso de la Cultura en Venezuela, Literatura Indígena, Cultura e Identidad Nacional, y Folklore y Educación Especial* del pensum del Instituto Pedagógico de Caracas (el primero y más importante del país), al negarse la Universidad Pedagógica Libertador (UPEL) a homologarlas en su nueva línea curricular. Esta agresión oficial hacia las culturas populares tradicionales que se expresa en la educación, en el reparto del presupuesto cultural (el Ministerio de la Cultura designa sólo el 2% de su Presupuesto al Área de Culturas Populares y Folklore), en la mixtificación que de ellas realizan las industrias culturales, ha afectado aún más gravemente a los elementos étnicos amerindios y negro-africanos, los cuales son asumidos por las élites políticas como rémora que atenta el desarrollo moderno del país. Tal actitud ha influido por ejemplo, en que no utilizemos nuestra herencia negro-africana común con las islas del Caribe inglés y

Aquella *modernización* a contrapelo del *realismo* nacional deja ser sus contenidos ingenuos...pero bajo el estatuto de la desventura. Su sinuosa copertenencia al *discurso democrático* parece garantizado por la 'repetibilidad' de la 'experiencia' que propone. El método garantiza a *cualquiera* la contrastabilidad de lo que se afirma; supuesta derrota de toda *auctoritas*. Empero, el método mismo y los a priori de la comunidad que lo administra, prefiguran de antemano el perfil de lo experimentable. El régimen *inclusión-exclusión*, los *criterios de demarcación*, aseguran la autoproduktividad del sistema. El *realismo*, precisamente *en cuanto ingenuo*, termina por sospechar un juego de manos, una ruleta trucada. Descubre que el 'estómago' no es el *estógamo*.

Finalmente, la reducción técnica de las cuestiones vitales, su algebraico devenir, sacuden la conciencia común que lo experimenta como inconmensurable con su condición. La ética o la justicia carecen de denotación en la gramática semantista del positivismo: *no son objetos de experiencia posible*. Las *esencias* (constitutivas del realismo) vienen arteramente fijadas en su inmovilidad para mejor disolverlas en el algoritmo nihilizador. La *historia* -la del positivismo tanto como la que él *construye*-, se disuelve en la aporía que sólo conoce la terca oposición entre pasado y presente: aquél, por definición siempre oscuro; éste, iluminado. La *memoria* -reserva de la imaginación 'creadora'- se eclipsa apostrofada de vieja.

4.- El país, que tuvo en la política su absoluto centro articulador -y al *ciudadano* como modelo- se resiente de la abrupta aparición (*utópica* por no realizada) del *homo oeconomicus*. Pero advierte, en ese mismo movimiento, el devenir *clientelar* de los partidos políticos. Y a cada jornada electoral como el simple movimiento de una *oferta*. El partido, desideologizado, aparece como empresa que ha de captar sus clientes. Se *venden* imágenes; se *fabrican* candidatos. El medio de *formación de opinión*, el antiguo *espacio público*, ya ha sido sustituido por el mercado: por la lógica librecambista. Empero, *la sociedad civil* (en sentido hegelogramsciano) no se ha constituido; habita, servidora, en los opulentos vientres de los partidos.

La doble dificultad de esta modernización a trote y moche estriba en la absoluta indefensión en que coloca a los más -carentes de instituciones

sólidas, privados del discurso que los haría capaces de enfrentarse a la indiferente maquinaria que el funcionalismo instaaura en sustitución de lo vivo.

La situación de los intelectuales se torna aun más precaria. Sobre la blanca mesa del presente, recortado a la medida del protorealismo de la *presencia*, deben elegir entre la función de *racionalizar* la practicidad inerte o recluirse en el arcano soliloquio de la palabra en clausura. Nada más tiene la mesa; ningún otro bocado se ofrece. Ya los *símbolos* no habitan entre nosotros.

Empero, "desde que somos una conversación" (Hölderlin), caminamos en el hacernos cargo de nuestras diferencias. No nos es dado renunciar a la *universalidad*: lugar ineludible de encuentro. Pero el *pensamiento - pensar-* aspira a la concreción: diferencia de la diferencia y del diferenciar. La *experiencia* de nuestra propia condición -por de pronto ineludiblemente referida a un *contexto* signado por la lógica del entendimiento y su irrebasable oposición de *fuerzas-* es un reto insoslayable. Mas hoy, voces de un heraldo sombrío, debemos resistir la tentación (que procede del entendimiento racionante) de absolutizar el *presente*: desde esta nuestra *experiencia* sabremos, entonces, con *paciencia, dolor y trabajo, elevarnos desde nuestra postración. Más que nunca, más allá de la metafísica del objeto y del psicologismo que lo fataliza, buscamos horizontes más luminosos.*